

ñar los dedos de la muchacha. La ayuda á trepar peñas y á brincar zanjás con disimulado provecho de los ojos bribones y de las manos astutas. La sostiene del talle cuando se inclina sobre el arroyo, trémula y risueña, para llenar su jícara que sale del agua desparramando un capelo de cristal. Y juegan y corren hasta caer rendidos, bajo la sombra de un árbol, sobre un lecho de mandrágoras. Redes de hojas sombrean su frente, mana precipitado su aliento, tiembla la curva de su seno..... Su cabellera negra y encrespada parece una piel salomónica en que descansa su cabeza. Qué bella está para el abrazo! Las lianas se enredan al árbol..... Qué bella está para el beso! Los panales destilan gotas de miel virgen..... Qué bella está para el amor! En la fuente de los helechos, el palomo sacude sobre la paloma su plumaje blanco.....

* * *

Y así viven. Aún la acaricia el aura de Abril que desabrochó su virginidad: está fresca como un raudal de aguas vivas, como un manojó de tiernas rosas, como el Verso del poeta argentino.

Febrero de 1893.



HARMONIAS TRAGICAS

CHOPIN-VALS

Al Duque Job.

Una alcoba azul, artísticamente coqueta. En el fondo, recostada en un diván, una mujer hermosa. Ernesto, de pie, pálido. Las luces vacilantes del crepúsculo cayendo en menuda red de oro sobre la escena.

LEONILA (con mirada de reproche).

Es decir que sólo tu violín puede tocar mi vals; que nadie escuchará tus inspiraciones ni en los paseos ni en los teatros, porque es imposible escribir esa música de tu alma, y que ni yo..... que tal vez algún día lejano..... qué significa eso, Ernesto? Oh, eres cruel conmigo, muy cruel!.....

ERNESTO.

Cruel no, amada mía, compasivo. No quiero hacerte sufrir mis sufrimientos; no quiero que oigas esta música extraña, dolorosa.....

Divulgarla en los paseos! hacer gemir mi corazón en un teatro!.... Sólo mi violín! sólo mi arco! Es imposible condensar en el papel los anhelos, los sobresaltos, los dolores de una alma que se rompe en vibraciones de amor! Dale forma á un suspiro, escribe una estrofa que suene como un beso, traza una línea que ondule como tus senos..... qué locura! verdad? Intimidades, secretos, palabras de ternura y ayes de dolor, notas que mueren gimiendo..... no, no quiero que las oiga el mundo, no quiero que las oigas tú.

LEONILA.

Y por qué has creado esa armonía dolorosa? Yo te pedí un vals que fuera arrullo, sentido y dulce, que adurmiera nuestros corazones á la hora de los sueños tibios. Yo quería una enramada de nidos susurrantes sobre la lánguida hamaca de nuestro amor. En cambio, Ernesto.....

ERNESTO.

Escucha, Leonila: yo también quería que el vals brotara de las cuerdas de mi violín como un enjambre de suspiros temblorosos, como una parvada de frenéticos besos! Lo sentía palpar en el fondo de mi sér, incoherente y desordenado y sublime como las primeras frases del primer amor! Las palomas de mi alma

le daban languideces, adormidas cadencias las ondas que ruedan su rumor de besos entre los juncos, y arrebatadora armonía esas notas que estallan en delirante concierto cuando los ojos semiran y los labios se juntan! Pero ay! un presentimiento horrible aparecía con amagos de tempestad en mi horizonté, y sólo encontraba una nota para traducirlo, una nota de dolor, amarga como la queja de las ausencias, desgarradora como el grito de los abandonos; y cuando esa nota brotó, sola, aguda, interminable, mis ilusiones huyeron doloridas, cantando el triste adiós de lo que no vuelve!

Se nubló el cielo, se ensangrentó la luna, y una ave negra graznaba tristezas sobre un ciprés abandonado.... Entonces, con el violín en la mano, invoqué tu imagen. Oh! qué podían decirme tus labios sino las palabras que te enseñaron los ángeles, y qué otra cosa sino estrellas vería en la noche serena de tus ojos?—«Loco, loco de mí, dije: cómo ha de ser triste el vals cuando me lo pide su sonrisa y me lo premiarán sus besos? no, son los vapores verdes del ajenjo que suben á mi cerebro como jirones de niebla ó pedazos de sudario.» Tu recuerdo los barrió, y en mi alma despedida el amor despertó nidos alegres y pintó nubes de plata.—«Cantad, esperanzas mías!» y mi mano temblorosa deslizó el arco sobre las cuerdas.... Dicha inefable! Tu cuerpo se estremecía entre mis brazos mientras un rizo de

tu cabellera negra rozaba voluptuoso mi frente pálida Y el arco recorría más rápido las cuerdas Deleites divinos! Te sentía jadeante, girando, girando, mientras tu aliento apresurado quemaba mi boca y tus senos temblaban de amor sobre mi pecho Y el arco, como un relámpago, azotó las cuerdas Qué horrible grito! Desaparecías en un torbellino de armonías en brazos de otro hombre, y cuando tus labios le dijeron al oído *te amo*, una nota aguda, tremenda, implacable, saltó de mi violín como un rayo, como una maldición! Después no sé. Un velo de plomo cayó sobre mi conciencia desapareció el mundo Desperté muy tarde, sobre el suelo, con el violín á mis pies Era de noche; la copa de ajeno estaba vacía; tu vals estaba terminado.

(Pausa.—ERNESTO *agitado*, LEONILA *pensativa*.)

LEONILA (con marcada dulzura.)

Ernesto, vuelve en tí no temas nada. Olvida ese momento de delirio, esa locura Te amo tanto! Por qué te torturas, mi bien, con inspiraciones fúnebres? Por qué no condensas en una armonía de amores los latidos de mi corazón? Si te doy mis miradas y mis sonrisas y mis besos, por qué haces que tu armonía llore tristezas? Suprime esa nota, y en lugar de un grito desesperado, termina con un

canto de triunfo. Ya verás; toma el violín, clava en mis ojos tus pupilas, y toca toca.

ERNESTO (con voz ahogada.)

Imposible. Si alguna vez dejas de amarme, y soñando mentido paraíso olvidas que sufrí el mal que nunca sana, perdido en los solitarios rincones adonde no llega el sol con sus consuelos ni la sonrisa con sus promesas, entonces, sólo entonces, oirás el vals Sí, á tus oídos, entre la algazara de los placeres, llegará mi nota á turbar tu felicidad para siempre Es mi venganza terrible pero te amo, y el amor jamás perdona, es vergugo y mata!

LEONILA (nerviosa.)

Ernesto, por tu vida, no me atormentes más con tus desvaríos! Olvidarte? Nunca! Tengo confianza en el porvenir, y ni en los suplicios del infierno me arrepentiré de nuestro amor. Sufres? Bien; quiero sufrir. Toca, toca, aunque me desgarras el corazón!

ERNESTO (suspirando.)

No puede ser.

LEONILA (levantándose y acariciándole la frente).

Por mi amor.

ERNESTO.

Oh, no Leonila, no

LEONILA (con una promesa en la mirada).

Por mi amor.

ERNESTO (cediendo).

Leonila . . .

LEONILA (dándole un beso).

Por mi amor.

ERNESTO.

Sea.

(Se hace más indecisa la luz crepuscular. Leonila se recuesta en el diván y entorna los ojos. Ernesto toma el violín y levanta el arco).

ERNESTO.

Brota, música del alma!

EL VALS.

Canto las miradas sonrientes de la aurora, la virgen de los pudores color de rosa. Soy trino de pájaro que despierta entre las mallas verdes, beso lento de espuma azul á la sediente orilla, caricia de fresco aroma sobre las

margaritas blancas. Soy el alegre despertar de una esperanza.

(Una sonrisa inefable tremula en los labios de Leonila.)

EL VALS.

Canto los dormidos amores de la siesta junto á los arroyos apacibles; tengo el vaivén de los senos suspirantes; tímido y lento, soy el letargo de un beso sobre una frente doblegada.

(Leonila, desfalleciente, inclina su cabeza sobre la espalda.)

EL VALS.

Canto amores más dulces cuando el sol declina; los amores que se mecen en los nidos, los que en la fuente verde modulan las palomas, los que vuelan en el tejido de oro de los celajes y los que suspiran las ninfas bajo las espesas ondas. Cuando la luna aparece sobre los picachos violados del Oriente, condenso en un acorde sonoro los rumores dispersos y los suspiros perdidos, y en los espacios azules me desgrano en besos.

(Una mirada de amor languidece en los ojos de Leonila.)

EL VALS.

También canto la noche y el dolor. Cansadas, mis notas huyen á la sombra. Soy la

triste despedida á la luz, á los campos y á las fuentes. ¡Cómo lloro! ¡Cómo me lamento! Acompaño las quejas de la fronda. . . . Adiós ilusiones blancas, adiós! . . .

(Una lágrima cintila en las pestañas negras de Leonila.)

ERNESTO (sin poder contener el arco).
Miserable de mí! la nota! la nota!

EL VALS.

¡Soy terrible! Estallo en desesperados acordes y penetro hasta el fondo de las almas con el estruendo de un cataclismo.

LEONILA (levantándose demudada, con las manos en los oídos).

Calla, calla, que me matas!

ERNESTO (fuera de sí).

Detén mi mano, Leonila! Ah, cómo vibras, maldita nota! Te estrellas en mis oídos y repercutas en mi corazón como un rugido en una caverna! Detén mi mano! pronto! pronto!

(Leonila, haciendo un esfuerzo, se lanza sobre su amante y le arrebató el violín.)

ERNESTO (desplomándose).

¡Horror!

(De noche. Ernesto, sin sentido, á los pies

de Leonila. Ella, afianzando el violín con su mano crispada, hunde en la sombra una mirada de dolor.)

DESPUÉS.

Salón de baile espléndidamente decorado. Luces, perfumes. Trajes de exquisita elegancia. Suenan los últimos compases de una pieza.

VARIAS VOCES.

— Qué violín tan admirable!

— Cuánto sentimiento y cuánta dulzura!

— Es un pobre joven de fisonomía triste y ademanes distinguidos; un desgraciado tal vez. . . .

— Y dicen que es notable en la ejecución de los vals.

— Lástima que los demás instrumentos no le permitan lucir por completo!

— Si tocara solo. . . .

— Y por qué no? basta pedirlo.

— Un vals! un vals!

(Una pareja se dirige al músico. La mujer, bella como una diosa, se apoya con coqueta pereza en el brazo de un caballero. El la habla al oído; ella sonrte.)

LA DAMA (al músico).

Tenga vd. la bondad de tocarnos un vals; sabemos que es su especialidad.

EL MÚSICO, joven envejecido, sombrío—
(aparte visiblemente demudado).

Es su voz y son sus ojos, Dios mío! (á la dama, forzando una sonrisa). Señora, tal honor. . . .

LA DAMA (con voz dulce).

Sin modestias, vamos. . . . no vacile vd. . . por qué esa turbación? Contamos con el vals, no es así?

EL MÚSICO (conteniendo un grito, con llamas en los ojos, haciendo un marcado esfuerzo).

—Bien. . . . sí. . . . tocaré. . . . para vd., sólo para vd.

LA DAMA.

—Gracias por la complacencia. (A su compañero). Dame tu brazo, Rodolfo.

(*Se pierden en el salón, entre las parejas. El músico toma su violín y preludia el vals.*)

EL VALS.

Yo canto las miradas sonrientes de la aurora. . . . Soy el alegre despertar de una esperanza.

RODOLFO Y LA DAMA.

—Por qué ronreís, amada mía?

—Porque te adoro.

EL VALS.

Yo canto los dormidos amores de la siesta. . . . Soy el letargo de un beso sobre una frente doblegada.

RODOLFO Y LA DAMA.

—Por qué desfalleciente inclinas tu cabeza sobre la espalda?

—Porque te adoro.

EL VALS.

Yo canto amores más dulces cuando el sol declina. . . . en los espacios, azul medesgrano en besos!

RODOLFO Y LA DAMA.

—Por qué languidece en tus ojos la mirada?

—Porque te adoro.

EL VALS.

También canto la noche y el dolor. . . . Adiós, ilusiones blancas, adiós!

RODOLFO Y LA DAMA.

—Por qué cintila una lágrima en tus pestañas negras?

—Porque te adoro.

EL VALS.

Soy terrible! Estallo en desesperados
acordes y penetro hasta el fondo de las almas
con el estruendo de un cataclismo!

*(La dama lanza un grito y se desprende de
los brazos de Rodolfo. Estupor general. El
músico, transfigurado, agita el arco con fren-
esí.)*

LEONILA.

—Calla, calla, que me matas!

ERNESTO.

—La nota, Leonila, la nota! Ahora no de-
tendrás mi mano. . . Ah mi dolor es omnipo-
tente! Soy invencible, bendita nota. Hiéreme,
aniquílame, mátame, pero hiere, aniquila y
mata á la perjura! Vibra! vibra!

LA NOTA (sonora, sostenida, cortando el
aire como un ay! agudo hasta lo imposible).

Soy la maldición de un amor!

*(Leonila, llvida, se desploma sobre la al-
fombra. Las cuerdas del violín saltan hechas
pedazos, silbando. . . El músico, petrificado,
clava sus ojos de loco en el cuerpo de Leonila,
fijos. . . fijos. . .)*

Diciembre de 1891.



HARMONIAS TRAGICAS

DANZA

*De noche. Salón elegante. Ismenia, sentada
en el taburete del piano. Su bata floja cae
sobre la alfombra en una ondulación de plie-
gues azules. Juegan sus dedos en el teclado.
Guillermo, frente á ella, la contempla amo-
rosamente. Breve silencio.*

GUILLERMO.

Te aseguro que estás muy bella con la
frente descubierta.

ISMENIA.

*(Con fintísima ironía en el acento y en la
sonrisa).*

De veras? . . .

GUILLERMO.

Blanca, con la blancura de un botón de
mosqueta, se ostenta en la plenitud, dándote
la serena belleza de las diosas del mármol
griego. Maldigo los peinados modernos que

cubren con una maraña de rizos, la soberbia majestad de las frentes. Si te amo como hombre, te admiro como artista. Mi alma se reposa en tu alma y mis ojos en tus líneas purísimas de escultura intachable. Cuántas veces tus enojos han suspendido mi contemplación jamás cansada! Déjame mirarte de cerca. Qué curvatura tan suave! qué arcos tan pulidos! qué superficie tan tersa! En este momento, mis labios tienden, más que á tu boca de fresa, á tu frente de mosqueta. Permite que el beso que ya impaciente retoza, engañe una vez más á tu boca.

ISMENIA.

(*Palpitante, presentando su cabeza*).
Engaña!.

EL BESO.

(*Saltando apasionado, cayendo vibrante*).
Soy de amor!

GUILLERMO.

Cuántos, como éste, te dí aquella noche. Creo que las lujosas enramadas del Paraíso no los oyeron tan suaves, tan lentos, tan ruidosos! Llovían sobre tus manos, sobre tus ojos, sobre tu cuello. . . . ah! y por fin sobre tus labios! Tú lo sabes: cuando conocieron tu boca, húmeda y tibia anidaron en ella. . . .

ISMENIA (*soñando*).

Qué noche aquella.

GUILLERMO.

Entraban á la sala, tamizados por la red de las cortinas, los últimos destellos de un oca-so purpurino. Tú, con las pupilas bañadas de luz crepuscular, melancólica y suave, tocabas en el piano. Qué dulce armonía! Palpitaban las teclas de marfil como las alas blancas de sollozantes palomas. El piano tenía una alma, una alma que se quejaba! La última nota fué un sollozo virginal. . . . Nuestros pensamientos se encontraron, se incendió mi mirada en tu mirada, con trémula voz te dije mis amores, y tú quisiste hablar. . . .

ISMENIA (*exaltada*).

Sigue, sigue, Guillermo mío. . . .

GUILLERMO.

Harmonía misteriosa la armonía de esa danza! A medida que del piano la hacían brotar tus dedos ágiles, en mi alma brotaba una música vaga, de recuerdos, de tristezas, de imposibles ideales, de esperanzas divinas. . . . Qué tiene esa música que así me conmueve? por qué se evaporan mis pensamientos al oír! por qué el corazón se me salta al impulso de extraños deseos? Siento un desvane-

cimiento sublime como el que me dejan tus caricias; siento que mi ser entero se aletarga como cuando el sueño me invade, cansado de amor, sobre tus senos. Y me parece que durmiendo va á sorprenderme la muerte. Qué más quisiera! Morir en la plenitud de los amores, cuando los nardos del tálamo exhalan su esencia toda. . . . Que la muerte me sorprenda en el apogeo de la sagrada bacanal; que no vea marchitarse una por una las flores trenzadas de tu corona de himeneo; que no mire hastiada de placer á mi lesbiana. Quiero rodar, al son de la música, bajo la brillante mesa! quiero que un beso se lleve mi vida! . . . Lloras? Oh! no amargues con lo más amargo el brebaje de amor. Nada temas; la muerte es un ángel blanco. . . .

ISMENIA.

Lloro, Guillermo, porque mi alegría es inmensa. Tus palabras me explican este deseo confuso que se agita en mi corazón. . . . morir amando, qué gloria de delicias! Te daré el placer completo de mi cuerpo y el placer completo de mi alma. Un beso inmortal! El último, el más sonoro, el que más queme, el que más funda! Tiene veneno la danza, sí; veneno dulcísimo que se filtra por los poros y adormece. . . .

GUILLERMO.

Bendita seas! Gracias, gracias! Desde que

oí esa armonía, pienso que la muerte tiene desconocidos y arrebatadores encantos; excita las pasiones, y al acercarse el último instante, deben tener los besos todo el frenesí de una divina angustia! Y si tenemos de morir, por qué no ha de sernos dado escoger la mejor muerte? Y por qué amantes del placer, no hemos de refinar el último placer? Hoy hace un año: todavía dura el plenilunio de nuestro amor! Ay! pero pronto—así es la vida—irá amenguándose el luciente disco en el cielo venturoso. . . . No esperemos á que desaparezca el último contorno. . . . Solemne noche! recoge en tu misterio el misterio de una pasión! Adios, esperanzas del mundo! Mira esta copa, Ismenia mía: el cincel de hábil artista esculpió en ella una ronda de vírgenes y efebos en el pórtico de un templo de mármol. Bebe: la embriaguez de este licor es eterna. Ahora yo. . . . (*Pausa*). Como en mágico panorama, veo las calles de mi pueblo y sus jardines y sus torres, y allá á lo lejos, la ventana enrejada donde, vacilante, deposité la primera carta de ternuras para una niña de castos ojos; veo también un salón iluminado y entre las parejas á una mujer. . . . Pero qué tienes? por qué te estremeces? . . .

ISMENIA.

Ay! porque me veo, niña, subiendo las gradas del altar, entre otras niñas, con mi vesti-

do blanco y mi corona de flores. . . . Pienso también en un paseo de mis quince años, por el lago. . . .

GUILLERMO.

Desecha esos recuerdos; vivamos un instante que valga mil existencias. En mis brazos, Ismenial El mundo no gira tan rápido como rápido olvida. Así estás bien, con tu cabeza sobre mi hombro. Qué hermosa eres, amada: como venda de grana tus labios, y tu hablar dulce. Venid á mí, recuerdos luminosos! Agréguese las dichas de ayer á las venturas de hoy! Nuestros recuerdos! nuestro amor! nuestras esperanzas! Te gustan estas frases, Ismenia? Que si te gustan!—Era una noche como esta noche, serena, augusta, nupcial, y en el aire perfumado con perfumes tibios, vagaban en invisible cortejo los espíritus del ensueño.... Qué gratas horas pasamos en el éxtasis del amor, del amor mudo y sublime, solos, como ahora, tus manos en mis manos y cerca nuestros ojos y cerca nuestros labios. . . . Hoy hace un año y no tarda en sonar la media noche. Consagremos estas últimas horas al culto de los dioses. Libemos el néctar que no empalaga. Acariciémonos. Besémonos. Despierta en tu piano la música inmortal. Toca, esposa.

ISMENIA.

Sí, Guillermo, demos culto al amor. Voy á

tocar para merecer tus caricias. Sólo tengo dos amores: tú y mi piano; tus palabras y su armonía! Qué más quiero? Pobre piano; adiós! Por vez postrera te harán sonar mis pulidas manos. . . . Cuántas veces, Guillermo, ausente tú, pedí consuelo á la música, y al errar mis dedos sobre el teclado, me parecía que dentro estaba tu alma, tu alma que lloraba. . . . Vamos, siéntate y escucha.

(Los dedos de Ismenia despiertan suavemente á la danza de amor).

LA DANZA.

Soy blando ritmo de cantar marino en las barquillas de blancas alas; envuelto en las espumas, susurrando, resbalo como cauda luminosa, y el remo desbarata en polvo de iris mi penacho de perlas. La noche es de luna; la brisa sopla aromas. A bogar! á bogar! . . .

(Ismenia y Guillermo se miran con una mirada brillante).

LA DANZA.

Yo tengo los lloros lánguidos del palomar que asoma entre los árboles su tejado rojo; canto los amores del pájaro y la fronda; estallo como un beso al abrirse los abanicos de pluma; y desmayada, me arrastro en giros de flotantes faldas. La tarde se refresca; la guitarra suena. A bailar! á bailar! . . .

(Ismenia y Guillermo se miran con una mirada brillante).

LA DANZA.

Duerme, morena, bajo los verdes platanares que al mecerse abanicán tus blandos sueños; duerme, gentil mancebo, sobre el hombro redondo de tu amada, arrebujuando tu frente con su cabellera suelta. Las estrellas brillan; yo arrullo vuestro sueño. Dormid! dormid!

(Ismenia y Guillermo se miran con una mirada brillante).

LA DANZA.

Ya tiemblo; los ángeles me llaman. Ya recogí rumores de la selva, suspiros de los labios. No despertéis, amantes. Dadme vuestras almas . . . así, dormidas Me voy al cielo A volar! á volar!

(Con el ruido de un aleteo, muere la danza en el teclado).

(Pausa de ensueños).

ÍSMENIA.

Ven á reposar sobre el hombro redondo de tu querida. Ya sonó la media noche. Amémonos.

GUILLERMO.

(Oprimiendo con las dos manos las mejillas de Ismenia, deposita en su boca de fresa un beso largo).

Te adoro!

ÍSMENIA.

Ven!

(Mitigan la luz de la lámpara y se recuestan en un diván. La bata recogida de Ismenia deja ver una zapatilla de seda. Con un brazo ciñe el cuello de su amante y le arroja la frente con la ola de ébano de su cabellera suelta.

La Muerte, blanca, bella, resplandeciente como la nieve y el relámpago, aparece en el dintel de la puerta. Se acerca lentamente á los amantes, los contempla con una sonrisa angelical, los acaricia con mano suavísima, y después de darles el beso irresistible, abre sobre ellos las alas como un abanico de estrellas....)

Enero, de 1892.

